

PALABRAS LIMINARES

Lector querido:

Tiene en sus manos, y entre los ojos, el segundo cuaderno de la Lectio. Su avance, semestre tras semestre, va ampliando el testimonio de un momento. Este es aquel en el cual los estudiantes de posgrados en Creación Literaria se encuentran para oír y dialogar con maestros que, por su producción, rigor, renovaciones estéticas y conceptuales, ocupan un lugar destacado en las aventuras artísticas de la época. Este aleteo —y, en algunos casos, anudamientos de la palabra experta y la palabra en formación— potencia y hace destellos a las ambiciones de cada quien, a su brújula de incertidumbres en un mar levantisco, incierto.

Volver a los *Cuadernos*, cuando los instantes de un encuentro, una duda, una huidiza epifanía, provocados por la palabra hablada, se asilaron en la memoria, puede ser útil para revivir el secreto tesoro que acompaña las soledades de estar siempre al principio.

Hoy ingresa a la huella de esos testimonios una Lectio memorable: “Elogio de la poesía”. Impartida ella por un poeta que asumió, como pocos, los riesgos de un oficio que no es oficio, más bien, inmersión en el misterio, reto perpetuo que rescata del mundo no visto lo innombrable, su esencia escondida.

Los poemas, selección del autor, y sus ensayos constituyen una muestra ejemplar: el poema, señal y realización de una voz poética reconocible en su lenguaje y en su constante salto al abismo; el ensayo —tierra firme de una tradición armada sin nomenclatura, fundada con intuición y esfuerzo, mediante visitas, asedios, sueños— deja ver su incansable ejercicio de minero de lo desconocido. Con ambos extrae imágenes, sonidos, palabras, compañías escogidas para una peregrinación sin final.

ROBERTO BURGOS CANTOR